ÁNGEL MARTÍNEZ CUESTA OAR

Ezequiel Moreno
Santo de tres continentes

EDITORIAL AVGVSTINVS

MADRID 2006

I. TRAYECTORIA BIOGRÁFICA

1. Hijo del pueblo

El retrato del joven Ezequiel resulta un tanto desvaído. Ni su niñez ni su adolescencia abundan en acontecimientos que nos ayuden a definir su perfil. Fue un muchacho del pueblo y, como tal, un muchacho sin historia, con un calendario parco en sucesos dignos de pasar a la posteridad.

Nació el 9 de abril de 1848 en Alfaro, ciudad agrícola de La Rioja, que contaba entonces poco más de 4. 000 habitantes. Sus padres, Félix Moreno y Josefa Díaz, eran de extracción social modesta y de acendrados sentimientos cristianos. El padre, un humilde sastre que atendía a sus hijos con el fruto de su trabajo, tenía fama de piadoso. Ezequiel fue el tercero de sus hijos. Antes que él habían llegado Eustaquio (1842-1901) y Juana. Y más tarde le seguirían Valentina (1851-1929), Benigna (1854-1922) y María de las Candelas. Eustaquio fue fraile agustino recoleto. Juana y María de las Candelas murieron de niñas. Valentina y Benigna contrajeron matrimonio y sobrevivieron a todos sus hermanos. Julián Moreno (1871-1936), hijo único de Valentina, siguió los pasos de sus tíos y, tras recorrer como misionero diversas regiones de Filipinas, España, Panamá, Venezuela y Brasil, murió mártir en Motril (Granada) el 25 de julio de 1936 al igual que sus compañeros de comunidad. Todos ellos fueron beatificados el 7 de marzo de 1999.

No andamos sobrados de noticias acerca de su niñez. Pero bastan para recomponer su retrato físico y espiritual. Sabemos que era diminuto de estatura, que asistió a la escuela pública, que le gustaba jugar al tejo y a la pelota, que tenía buena voz, que formó parte de la capilla de música de su pueblo y que fue un joven serio y de buen corazón. Durante algún tiempo sirvió de monaguillo a las dominicas del pueblo, acompañaba a su padre al rosario de la aurora hasta en invierno, varias veces compartió su merienda con los pobres y en dos ocasiones renunció a presenciar las vaquillas de San Roque por acompañar a sendos compañeros impedidos.

De 1861 a 1864 cursó latinidad en su pueblo natal con la intención de ingresar en el noviciado misionero que los agustinos recoletos tenían en el vecino pueblo de Monteagudo, donde ya se encontraba su hermano Eustaquio. De esta época data un sabroso episodio relatado por la madre Catalina Les, sacristana del convento dominico. Cierto día, mientras acompañaba a su madre en la portería del monasterio, la hermana portera le preguntó sobre su futura vocación. Él, sin dudarlo un momento, contestó resuelto: *fraile*. La hermana no se daba por convencida y le hacía ver su pequeñez: "¡Tú, fraile! Tan calandrajo, ¿para qué te quieren?". Pero él, sin inmutarse, zanjó rápidamente la cuestión: "Ya me pondré sombrero de copa, para ser más alto".

El obispo de Tarazona, que en mayo de 1863 había quedado prendado del sentimiento con que entonaba las *flores*, y su propia madre, viuda desde enero de 1864, habrían querido encaminarlo al seminario diocesano con la esperanza, ésta, de tener un apoyo en su vejez. Pero él, que ya estaba decidido a hacerse religioso y a marchar a Filipinas, habla con su madre, quien, como auténtica madre cristiana, se convenció pronto y no dudó en sacrificar sus intereses en aras del bien de su hijo.

El 21 de septiembre de 1864 ingresaba en el noviciado de Monteagudo y al año siguiente sellaba ante Dios y la Iglesia su compromiso de vivir en castidad, pobreza y obediencia, y pronunciaba el juramento de pasar a Filipinas, siempre y cuando sus legítimos superiores no ordenaran otra cosa.

Tras su profesión, fray Ezequiel continuó en Monteagudo, dedicado al estudio de la filosofía. En septiembre de 1866 pasó al nuevo colegio de Marcilla (Navarra), donde durante tres años cursaría con brillantez los estudios de teología dogmática. Entre sus formadores descuellan Pío Mareca (1825-99), hombre de vasta cultura, lector entusiasta de *La Civiltà Cattolica* y admirador de Ramón Nocedal, el corifeo del integrismo español, y Juan Gascón (1806-84), de quien absorbería una fidelidad inquebrantable a la Santa Sede así como una tierna devoción al Sagrado Corazón de Jesús y a la Inmaculada Concepción. Su conducta religiosa era ya entonces ejemplar. El padre Julián Funes (1845-1908), que convivió con él desde 1864 hasta 1870, escribió de él que era "un excelente

modelo. […] Su compostura, sus acciones y todo su modo de ser era de religiosidad edificante. Amaba el retiro y, si bien concurría con todos al recreo, a paseo y demás actos, se retiraba luego, ya al coro, ya a su celda, siendo conocido por todos como el *silencioso*".

El 14 de octubre de 1869, mientras ardía en España la revolución federal, fray Ezequiel embarca en Cádiz con otros 17 compañeros rumbo a Manila, en cuya bahía amaneció el 10 de febrero de 1870, tras cuatro meses de navegación. Allí ultimó el estudio de la teología moral y se preparó para la ordenación sacerdotal, que recibió de manos del arzobispo de la ciudad el 2 de junio de 1871.

2. Misionero en las Islas Filipinas y formador de misioneros en España, 1870-1888

De 1872 a 1885 ejerció el ministerio sacerdotal en diversas islas de Filipinas: Palawan (1872), Mindoro (1873-76) y Luzón (1876-85). Durante este periodo su vida no difiere gran cosa de la de tantos párrocos de la época. Sus ocupaciones, sus ansias, sus ilusiones, son las de cualquier párroco medianamente celoso: misa diaria, catequesis infantil, homilía dominical, atención al confesonario, visita a los enfermos, dirección de asociaciones católicas. Pero algo de extraordinario debía de haber en él. Sus parroquianos lo tienen por hombre de Dios y con frecuencia dicen de él que es un santo o "santulón", en su fonética especial. Ni en Las Piñas ni en Santo Tomás han conocido otro párroco igual, y, cuando sienten que se lo van a quitar, se agitan y elevan sentidas peticiones al arzobispo y al provincial de recoletos para que se lo conserven por más tiempo.

La catequesis, el confesonario y la atención a los enfermos y desvalidos absorben ya la mayor parte de su tiempo. No descuida nunca la homilía dominical, aprovecha los novenas y otras devociones para instruir al pueblo, visita las escuelas todos los sábados y se esmera en la preparación de los niños para la primera comunión. Las primeras comuniones lo colmaban de felicidad. Más tarde escribirá que eran funciones "que tienen lugar en la tierra, pero que saben a cielo".

De improviso, en 1885, a los 37 años, su vida experimenta un brusco giro. Su provincia religiosa, reunida en capítulo a principios del mes de mayo, le confía el priorato del convento de Monteagudo, que ya entonces era el noviciado más importante de la orden, la fragua donde se moldeaba la personalidad de sus nuevos religiosos.

Su actuación al frente de la comunidad de Monteagudo giró en torno a dos ejes. El primero fue siempre el culto divino. Una y otra vez torna sobre la liturgia, las devociones populares, el aseo del templo, el decoro de los ornamentos sagrados, las expresiones externas y el espíritu que debe sustentarlas. En el oficio divino era fervorosísimo. Su recogimiento, la claridad de su pronunciación y "su afán por que todos los rezaran con el mismo espíritu" admiran a los religiosos. Los exhortaba "a cantar con sabiduría, según el consejo del salmista". Otras veces sus palabras eran como fuertes oleadas de viento fresco que penetraban hasta los rincones del alma y sacudían el polvo que la rutina y la desidia iban acumulando en ellos.

Pero ni el culto litúrgico ni la oración personal satisfacían totalmente su fervor. De vez en cuando sentía la necesidad de unirse al pueblo y cantar con él las alabanzas del Señor. Saboreaba de modo especial la Hora Santa del Jueves Santo, las primeras comuniones, los meses de mayo y junio, y otras funciones en honor del Sagrado Corazón y de la Virgen María.

Su segunda gran preocupación fue la disciplina, el exacto cumplimiento de las leyes. Las constituciones, el ceremonial, el ritual, cualquier mandato de los superiores suscitaban en su corazón reverencia y acatamiento, sin aventurarse jamás a interpretaciones personales. El no se sentía con poder sobre ella, no se creía su dueño y señor, sino simplemente su guardián, el encargado de hacerla cumplir. Pero a la hora de urgir la observancia esta concepción más o menos servil y jurídica de la ley no era su único móvil. Como san Pablo, también él veía en la ley un pedagogo insustituible, que muestra al alma el camino que conduce a Cristo, la libra de falsos espejismos y le ahorra multitud de idas y venidas.

En la memoria de los religiosos su figura de superior quedó grabada con ribetes entreverados. Algunos subrayan la gravedad de su porte, que infundía respeto y entorpecía la

comunicación. Para otros esa gravedad era una simple pantalla tras la que ocultaba su timidez y afabilidad. Entre los abundantes testimonios disponibles escojo los de tres discípulos suyos que luego serían llamados a desempeñar papeles de importancia en la vida de la orden y de la Iglesia. Gregorio Segura asevera que "no toleraba transgresión alguna de la disciplina regular". Santos Ballesteros insiste en su seriedad y recogimiento, pero añade que nunca se mostraba áspero o severo. Fernando Mayandía observa que "al corregir lo hacía siempre serena y ecuánimemente".

El gobierno del convento no lo aisló del mundo circunstante. San Ezequiel nunca fue un solitario arrocado en su castillo interior y despreocupado de los demás. El amor de Dios le forzaba a prodigarse por el prójimo. En estos años mantuvo relaciones frecuentes con el obispo diocesano y los párrocos circunvecinos, a quienes prestaba gustoso su colaboración. Visitaba regularmente a los enfermos, socorría a los menesterosos, asistía a las religiosas y compartía de corazón los sufrimientos del pueblo, especialmente durante las calamidades que en aquellos años asolaron la comarca. En 1886 predicó la cuaresma en Cascante y consta también que anunció la palabra de Dios en Alfaro, Ágreda, Tudela, Tarazona, Cintruénigo, Fitero, Malón, Tulebras, Monteagudo y otros pueblos de la zona, y en algunos de ellos varias veces. Su pueblo natal le requirió para las fiestas de la Virgen del Rosario y Santo Domingo así como para el carnaval.

Durante la epidemia colérica que devastó las riberas del Queiles en la segunda quincena de agosto de 1885 comparte la inquietud general, se asocia a las parroquias en las preces y actos penitenciales y propone a la comunidad una disciplina semanal extraordinaria. Serviría para aplacar la ira de Dios y moverle a apiadarse de su pueblo. Luego permite el traslado a la parroquia de la imagen de la Virgen del Camino y, al cesar la epidemia, toma parte activa en las fiestas de acción de gracias. Durante la carestía de 1887 llegó a socorrer diariamente a unos 400 menesterosos.

3. Restaurador de los agustinos recoletos en Colombia y vicario apostólico de Casanare, 1889-1896

A finales de 1888 cruza de nuevo el océano. Pero esta vez, rumbo al oeste, a Colombia, donde residirá hasta principios de 1906, en que la enfermedad le obligó a tornar a su patria. Este viaje es la linde que divide su vida en dos grandes secciones. La primera, según ya queda apuntado, se asemeja a la de tantos religiosos y curas de la época. En la segunda, adquiere relieve público y se convierte en símbolo de una causa. Actúa en ambientes más complejos y desempeña funciones más delicadas.

Hasta 1894 reside habitualmente en Bogotá, ocupado en la restauración de la antigua provincia agustino-recoleta de Colombia, reducida entonces a un minúsculo grupo de religiosos exclaustrados, dispersos por parroquias y capellanías y ayunos de espíritu corporativo. Desde el primer momento se esforzó por instaurar en Colombia una vida común perfecta y una observancia regular austera. A pesar de no ser experto en la doctrina monástica de san Agustín, conocía a la perfección la regla del santo y, a través de ella, había aprendido a estimar las excelencias de la vida común. Además, en los curatos filipinos había palpado los peligros de la soledad y no estaba dispuesto a permitir que sus religiosos cayeran en sus redes.

De joven misionero, cuando apenas contaba 26 años, se había atrevido a proponer al provincial la instauración de la vida común entre los misioneros de la isla de Mindoro. Aquel gesto no pasó de ser un simple proyecto. Pero ahora, revestido de autoridad, se apresuró a llevarlo a la práctica. Ningún religioso debería vivir solo, privado de la compañía de sus hermanos y, mucho menos, desligado de sus superiores. En cada ministerio debería haber tres o cuatro religiosos, con oración, recreación y administración común, sin peculio y sujetos a las observancias ascéticas y prácticas religiosas compatibles con el apostolado.

También habría querido vaciar la vida de los conventos en el troquel constitucional de la época, urgiendo incluso normas en desuso desde hacía varios decenios: recogimiento, hora y media de oración mental al día, disciplina tres veces por semana, uso de alpargatas, etc. Pero, al no encontrar el espe-

rado eco en los religiosos, renunció a esas "innovaciones" y se contentó con la observancia vigente en los conventos españoles.

Simultáneamente desarrolla una intensa actividad apostólica y promueve la restauración de las misiones de Casanare, en franca decadencia desde los días de la Independencia (1810-21) y casi totalmente desamparadas durante los últimos treinta años. En 1893 la Santa Sede creaba el vicariato apostólico de Casanare y confiaba su administración al padre Ezequiel, a quien elevaba a la dignidad episcopal. Casanare se convertía así en el primer vicariato apostólico de Colombia y abría una nueva época en la historia de sus misiones.

Su permanencia en Casanare no llegó a dos años y durante varios meses, de febrero a septiembre de 1895, se vio turbada por la guerra civil y los rumores de su elevación a la silla de Pasto. Sin embargo, gran parte de su inmenso territorio y confeccionó un buen programa pastoral. Distribuyó a los dieciséis misioneros disponibles en cuatro puntos: Arauca, al norte; Támara, en el centro; Orocué, al sur; y Chámeza, al oeste. Dio gran impulso a la catequesis y se interesó por los infieles guahibos y sálivas, para cuyos hijos se crearían sendos orfanatos encomendados a las dominicas de la Presentación, organizó asociaciones católicas y, sobre todo, se empeñó en que la palabra de Dios volviera a resonar en aquellos parajes abandonados durante más de treinta años.

4. Obispo de Pasto, 1896-1906

El 2 de diciembre de 1895 fue preconizado obispo de Pasto, pero no pudo trasladarse al nuevo destino hasta junio del año siguiente. La diócesis de Pasto era vastísima. Erigida por Pío IX en 1859 con territorio desmembrado de la de Popayán, se extendía por una superficie de unos 160. 000 kms^2, poblados por unos 460. 000 habitantes. En tan anchurosa geografía, sin apenas comunicaciones terrestres, se daban cita todos los climas y todos los contrastes. La costa del Pacífico y la depresión amazónica yacían en el mayor desamparo social y religioso, con abundancia de negros e indígenas semicivilizados. En la cordillera central, a alturas que oscilaban entre los 1. 500 y los 3. 100 metros, surgían pueblos mejor organizados.

La capital, emplazada a 2. 595 metros de altitud, disfrutaba de clima templado. Todavía más altos se hallaban algunos pueblos importantes como Túquerres e Ipiales, de clima más bien frío. El litoral marino y las inmensas sabanas orientales eran de clima estrictamente tropical.

En 1898 la diócesis estaba dividida en 46 parroquias. Contaba, además, con 6 viceparroquias y 56 iglesias o capillas rurales. En la capital había comunidades de capuchinos y oratorianos, ambas con iglesia propia. Los primeros tenían otro convento en Túquerres, y los segundos administraban algunas parroquias y un colegio en Ipiales. Los jesuitas dirigían el seminario diocesano, en el que convivían estudiantes externos y aspirantes al sacerdocio. El número de éstos últimos giraba en torno a los treinta. Los maristas dirigían sendos colegios de niños en Pasto y en Túquerres. No faltaban tampoco comunidades femeninas. Las concepcionistas proseguían su vida contemplativa, iniciada a finales del siglo XVI. Las betlemitas estaban al frente de un colegio de niñas y del orfanato público; las hijas de la caridad dirigían el hospital; y las terciarias franciscanas de la beata Caridad Brader regentaban colegios en Túquerres (1893) y Barbacoas (1895-99) y luego también en Ipiales (1897) y Pupiales (1904).

a. El problema del liberalismo

Con cierta frecuencia se ha reducido su episcopado a una confrontación continua con el liberalismo y a una repulsa sistemática de sus ideales. La cuestión liberal absorbió gran parte de su tiempo y de sus energías. No en vano, estaba íntimamente persuadido de que sus ideales y procedimientos eran opuestos al cristianismo y de que tendía a expulsar a Cristo de la sociedad, de la familia y de las mismas almas de los fieles. Era, pues, un peligro grave y constante para la fe de sus fieles, y su conciencia le forzaba a señalárselo con toda claridad, para que todos pudieran percibirlo y soslayarlo. De otro modo, se habría sentido traidor a su misión: "Catolicismo y liberalismo son sistemas de doctrina y procedimientos enteramente opuestos […] Lo que el liberalismo gana lo pierde el catolicismo".

Educación e imperativos pastorales

San Ezequiel se enfrentó con el liberalismo con la mentalidad típica del ultramontanismo católico. Fue educado en los claustros agustinos recoletos, en los que se simpatizaba abiertamente con el carlismo. Las mismas ideas predominaban entre sus compañeros de Filipinas y Colombia. Y también sus lecturas preferidas eran de esa tendencia. El padre Ezequiel siempre había dedicado al estudio algunas horas del día. Pero tras la ordenación episcopal éste se convirtió en una de las principales tareas de su agenda diaria. Ya antes de ordenarse advierte la necesidad de disponer de una buena biblioteca personal, "porque no he de tener a quién consultar, y todo me lo tendré yo que hacer" (1893). Desde ese momento sus cartas a Roma y Madrid rebosan de encargos de libros. Le interesan de modo especial los canonistas, apologistas y tratadistas religiosos de la época y, sobre todo, los mensajes y encíclicas de Pío IX y León XIII, de los que llegó a tener un conocimiento bastante preciso.

En su biblioteca encontramos las grandes síntesis de Hettinger y Deharbe, los clásicos manuales para sacerdotes y catequistas –Mach, Frassinetti, Riccardi–, pero dominaban los comentaristas de tendencia tradicional como Sardá y Salvany, Alonso Perujo, Ángel María Arcos, Mateos Gago o el francés P. Benoît, autor de la *Ciudad anticristiana del siglo XIX*. También abundaban en ella los moralistas y canonistas romanos –Ballerini, Bucceroni, Berardi, Zitelli, Gasparri– y españoles –Gaínza, Gómez de Salazar, La Fuente, Cadena, Villada–, así como predicadores –Planas, Lázaro Garzón, Troncoso–, autores espirituales y piadosos –Lapuente, san Alfonso María de Ligorio, Scaramelli, Arnoldo, Ramiére, Baudrand–. Consciente del valor de la jurisprudencia, acudía regularmente a las colecciones documentales de las congregaciones romanas y a las revistas que publicaban las decisiones y decretos más recientes de la curia o, al menos, informaban de ellos en secciones especializadas: *Acta Sanctæ Sedis, Il Consulente eclesiastico, La Ciudad de Dios*. Fue también lector de periódicos, casi siempre de tinte conservador. Con especial interés leía *El Siglo Futuro*, órgano del integrismo español. En Colombia las circunstancias le obligaron a ampliar su arco ideológico. Con frecuencia caían sobre su mesa periódicos liberales y aun radicales, pero su percepción de la realidad concreta siguió depen-

diendo de periódicos conservadores como *El Telegrama*, *La Constitución, El Correo Nacional* y otros similares. También tenía a mano libros jurídicos colombianos, comenzando por la Constitución, el Concordato con sus diversas adiciones y los diversos códigos nacionales: penal, civil y comercial.

Esas lecturas, unidas a la educación recibida, a la tradición antirreligiosa del liberalismo colombiano y a la virulencia antieclesiástica del gobierno de Ecuador, contiguo y en estrechísima relación con su diócesis, le indujeron a interpretar las orientaciones romanas en sentido restrictivo.

Ezequiel expuso sus ideas en folletos, pastorales, circulares, sermones y cartas particulares. En 1897 y 1898 publicó dos opúsculos contra sendos artículos en que el presbítero Baltasar Vélez aplaudía la actitud conciliadora de Carlos Martínez Silva. Cuatro años más tarde salió a la palestra para desenmascarar las inconsecuencias y contradicciones en que habría caído monseñor Nicolás Casas en la parte práctica de su libro *Enseñanzas de la Iglesia sobre el Liberalismo* (Bogotá 1901*)*. Al contrario de su paisano y hermano en religión, él no exculpaba fácilmente de responsabilidad a los liberales materiales.

En 1900 y 1901, en los momentos más álgidos de la guerra de los Mil Días, sostuvo el entusiasmo popular y censuró la debilidad del gobierno y su condescendencia con el enemigo. Defendió el derecho de los sacerdotes a interesarse por la política, cuando "ésta ataca a la religión e invade las personas y las cosas sagradas. […] Estar con los brazos cruzados mientras los enemigos, picota en mano, derriban la casa de Dios en el terreno político, sería una cobardía y una falta, porque nada más necesitarían los enemigos de la Iglesia para triunfar y arrebatar las almas al catolicismo y al cielo". En casos extremos hasta la guerra es lícita: "Si se puede guerrear por la integridad territorial de la patria, o para reparar la afrenta hecha al honor nacional, o por otros motivos justos, ¿cuánto más se podrá guerrear por la verdadera fe, que es más y vale más que todo eso?".

Al término de la guerra censura ásperamente el espíritu de conciliación que se iba apoderando de algunos políticos católicos. En esos galanteos con el error, en esos abrazos con el enemigo no ve más que un falso irenismo que a menudo

desemboca en claudicaciones. Esos católicos representan un grave peligro para la fe de los pueblos, más insidioso incluso que el de los enemigos declarados de la Iglesia. A éstos es fácil distinguirlos. Se presentan con la cara descubierta y no engañan a nadie. Ellos, sin embargo, se ocultan tras el disfraz de la religión y tienden celadas mortales.

Lagunas doctrinales

Estos pronunciamientos chocan a veces con convicciones comunes entre los católicos de hoy. Sin embargo, no conviene anticipar la censura. Libertad de cultos, separación de Iglesia y Estado, libertad de expresión y de imprenta no significaban en el siglo XIX, especialmente en los países de tradición latina y cultura católica, lo que significan hoy. Eran ideas con demasiada carga emocional y venían expresadas en un lenguaje excesivamente pasional. No pocas veces degeneraban en simple justificación de la irreligión, del ateísmo y del desenfreno. Para adquirir la forma que ostentan en la actualidad fue preciso someterlas a un largo proceso de purificación que las liberara de escorias y excrescencias. Eran como frutos sabrosos envueltos en cáscara amarga, y se necesitaba serenidad y amplitud de miras para distinguir entre fruto y cáscara, para así poder desechar la una y recoger el otro.

Desgraciadamente, el catolicismo decimonónico no abundó en ninguna de esas dos cualidades. Además, los derechos aparecían demasiado objetivados, como si sus únicos detentores fueran las ideas y no los hombres. La dignidad de la persona y sus derechos consubstanciales permanecían en la sombra. Tampoco se había logrado precisar las relaciones entre libertad religiosa en el orden civil, que no es otra cosa que la inmunidad de coacción para practicar la propia religión "tanto por parte de personas particulares como por parte de grupos sociales y de cualquier potestad humana", y "la obligación moral de los hombres y de las sociedades respecto a la verdadera religión y única Iglesia de Cristo" (Declaración *Dignitatis Humanæ* 1).

Un diálogo sincero y útil entre el liberalismo y la Iglesia no era posible sin que el primero modificara substancialmente su actitud hacia la Iglesia, extirpara excrescencias y moderara el lenguaje, y la segunda renunciara a su imper-

meabilidad y desarrollara los conceptos anteriormente citados. En tiempo de nuestro santo nada de eso había tenido lugar. Las encíclicas de León XIII continuaban repudiando las libertades modernas, aunque fuera ya sin la acritud de Gregorio XVI y Pío IX. La encíclica *Libertas* (1888) seguía tildando de "perniciosa" la separación entre Iglesia y Estado. Todavía con más viveza rechazaba las libertades de expresión, de imprenta, de enseñanza y de cultos. De esta última decía que era una "libertad fundada en la tesis de que cada uno puede, a su arbitrio, profesar la religión que prefiera o no profesar ninguna. […] Conceder al hombre esta libertad de cultos […] equivale a concederle el derecho de desnaturalizar impunemente una obligación santísima y de ser infiel a ella, abandonando el bien para entregarse al mal".

En la mayoría de sus escritos el santo se limitaba a desarrollar estas enseñanzas y a aplicarlas a sus fieles. Sólo el tono es más polémico, más exaltado y más nervioso. Tono, que, ante todo, procede de la psicología ardiente de su autor. Pero también es fruto de su conciencia pastoral y de la inmediatez del peligro. Era un pastor que se sentía obligado a señalar a sus ovejas el peligro con toda claridad, no un intelectual sentado detrás de una escribanía, con tiempo y calma para analizarlo y diseccionarlo. Alguna vez la inexperiencia diplomática, la falta de sentido histórico y el temple lógico de su mente lo llevaron a extremar las consecuencias prácticas de la doctrina, subestimando tanto la actuación pacificadora de León XIII y sus tímidos esfuerzos por conciliar a la Iglesia con el mundo moderno como las mil circunstancias que trenzan la vida de los hombres.

Ezequiel conocía esos pasos de León XIII, pero, no sin razón, los atribuía a simples razones tácticas. El mismo papa lo había afirmado en la encíclica *Libertas* al escribir que si en alguna circunstancia la Iglesia acepta "las libertades modernas" no lo hace "porque las prefiera en sí mismas, sino porque juzga conveniente su tolerancia" durante un cierto tiempo, y que siempre se reserva el derecho de revocarlas apenas mejore la situación. Ezequiel pensaba que ni en Colombia, ni menos aún en Pasto, se daban esas condiciones, ya que la inmensa mayoría de la población seguía identificada con la religión católica y estaba gobernada por un partido que se regía por

principios cristianos. No había, pues, campo para los compromisos y había que continuar urgiendo el pleno cumplimiento de los principios cristianos. Con su esfuerzo trataba, precisamente, de que ese clima no llegara a darse o, al menos, se retrasara todo lo posible.

El respaldo de la jerarquía y del pueblo fiel

El pueblo y clero de Pasto estuvieron siempre a su lado. Acogían con fervor sus voces de alarma y aliento, y difundían su eco por toda la diócesis en multitud de folletos, proclamas y hojas volantes. También los obispos de su provincia eclesiástica compartían su modo de pensar. El metropolitano lo defendió en momentos delicados e hizo publicar varias de sus pastorales en *La Semana Católica de Popayán*. En noviembre de 1904, cuando arreció el clamor de sus enemigos y se llegó a exigir su remoción de la diócesis de Pasto, no dudó en abogar por él en sendas cartas al cardenal Vives y al encargado de negocios de la Santa Sede en Bogotá. En la primera, tras hacer una cumplida defensa de su actuación al frente de una diócesis conflictiva, afirmaba que "si lograran quitar al ilustrísimo señor Moreno de Pasto, sería una verdadera derrota para la Iglesia y un triunfo para sus enemigos". El de Garzón lo felicitó por sus repetidas muestras de amor a la Iglesia: "Si todos habláramos así, el liberalismo no estaría en el pie en que está. El primer domingo después de recibir la pastoral, yo mismo la publiqué y comenté en la catedral, y voy a ponerla en vigencia en mi diócesis, ordenando su publicación en todos los púlpitos" (1905).

El de Pamplona se permitió reimprimir su réplica a Casas. El de Cartagena habló al papa en su favor, encareciendo su contribución a la salvación de Colombia durante la última revolución. Y otras adhesiones le llegaban de Bogotá, Medellín, Tunja, Chiquinquirá y otros puntos de la República. El clero regular estaba todo él de su parte, según escribía él mismo en mayo de 1905 a los jesuitas de Pasto: "Los padres, sus hermanos, me visitaron […] Hablamos largo, y piensan como nosotros. Lo mismo piensan todos los padres de esta casa (agustinos recoletos), y lazaristas, y redentoristas, y dominicos y franciscanos".

b. Solicitud pastoral

Pero el liberalismo no monopolizó su actividad. San Ezequiel dio siempre gran importancia a las visitas pastorales. Era una obligación impuesta por la Iglesia, y esto ya era bastante para él, siempre tan pendiente de sus más mínimos deseos. Además, veía en ellas un medio excelente de comunicarse con sus diocesanos, de compartir su vida y de conocer y aliviar sus necesidades espirituales. A principios de septiembre, cuando apenas había tenido tiempo de formarse una idea del estado de su diócesis, salió de Pasto con su secretario y dos capuchinos y durante tres meses recorrió los pueblos de la costa. Uno de sus acompañantes escribió que no dejó sin visitar "caserío alguno" de Barbacoas, Tumaco, Mosquera, Iscuandé y Guapi. Durante los dos años siguientes visitó las parroquias restantes. Siguieron luego cuatro años en que el viaje a Roma y la guerra civil le obligaron a suspender las visitas. Pero apenas retornó la calma, volvió a reanudarlas con renovado fervor. Entre 1902 y 1905 recorrió de nuevo todas las parroquias del obispado.

Estas visitas eran siempre largas y extenuantes. A menudo regresaba de ellas con la salud quebrantada. El clima, los caminos, las posadas, las comidas deparaban privaciones y sufrimientos a manos llenas. Sus acompañantes recuerdan las jornadas en ayunas, porque en la fonda de turno se habían olvidado de preparar la comida, noches insonnes, catres inmundos y, más a menudo, comida escasa y de mala calidad, traslados agotadores, mareos y trabajo agobiante.

Solía entretenerse en cada pueblo de dos a tres y cuatro días, dedicado íntegramente a revisar el estado de la iglesia, a la catequesis y a la administración de los sacramentos. Además de confirmar a centenares de fieles, confesaba de tres a cuatro horas diarias y predicaba a la gente en la función de la tarde. Se interesaba por la instrucción religiosa en las escuelas y exhortaba a los párrocos a fomentarla. Gustaba de asistir personalmente a la catequesis "sentado en cualquier asiento rústico y a veces en el suelo". Otras veces la dirigía él mismo, al aire libre y sentado sobre un tronco de árbol.

Heliodoro de Túquerres cuenta que se complacía en reunir en torno a sí a grupos de niños y campesinos y les ex-

plicaba la doctrina con sencillez y entusiasmo. No era infrecuente que los campesinos abandonaran su tradicional timidez para participar activamente en la lección y hasta se atrevían a interrumpirlo y a discutir con él. Cuando advertía que la catequesis surtía efecto, no podía contener el entusiasmo. Una noche después del catecismo corrió al encuentro de sus compañeros para comunicarles su gozo: "Hoy sí que he gozado porque esos hombres morenitos han aprendido lo necesario *necessitate medii* para salvarse", es decir, la existencia de Dios, su justicia remuneradora y los misterios de la Trinidad y la Encarnación, que la teología tradicional retenía como absolutamente necesarias para la salvación. También se esmeraba en el aseo de las iglesias, la dignidad del culto y la atención a los enfermos. Al pasar por una casa de campo o al llegar a un pueblo jamás se olvidaba de preguntar por los enfermos y siempre estaba dispuesto a correr en su auxilio, aunque fuera necesario caminar durante diez, quince y más horas.

Su solicitud apostólica aparece con especial claridad en las visitas pastorales. Pero éstas no fueron ni la única ni la más importante de sus manifestaciones. Se puede decir que su vida toda fue acción pastoral, porque no deseaba ni aspiraba a otra cosa que a llevar Dios a las almas y las almas a Dios. Ése era su objetivo tanto cuando redactaba una pastoral como cuando censuraba una hoja volante o respondía a una carta particular. Todo procedía, en palabras de Juan Pablo II, de su "incontenible deseo de anunciar a Cristo". Sus mismas pastorales contra el liberalismo proceden de esa raíz. Veía en él un peligro para la fe de sus feligreses y su conciencia le obligaba a señalarlo con el dedo para que todos lo percibieran y soslayaran.

Durante los meses que permanecía en Pasto practicaba otras obras de apostolado. Promovió la creación de sendas prefecturas apostólicas en el Caquetá y Tumaco. Dio impulso a las misiones populares, al culto al Sagrado Corazón, ya muy intenso en toda la diócesis, y, sobre todo, a la catequesis, a la que dedicó varias circulares y pastorales. A los párrocos les recordó repetidamente la obligación de no omitir la homilía durante la misa del domingo ni la instrucción religiosa después de ella. Todas las semanas visitaba el orfanato y el hospital y, menos a menudo, la cárcel. De vez en cuando se sentaba

en el confesonario; las fiestas más solemnes y los domingos de adviento y cuaresma predicaba en la catedral. Seguía con interés la formación de sus seminaristas, a los que visitaba con frecuencia, y envió a dos de ellos a ampliar estudios en Roma.

En los primeros años de su episcopado contribuyó generosamente a la restauración y edificación de nuevos templos parroquiales, y meses antes de la guerra civil (1899) encargó planos para una nueva catedral y un templo digno de la Virgen de las Lajas, el santuario más querido de la región. Desgraciadamente, la guerra paralizó ambos proyectos y le obligó a suspender casi por completo toda ayuda a la mejora de las iglesias parroquiales. Al final de la guerra volvió a pensar en la catedral y en el santuario de la Virgen y con la ayuda del padre Henry Collins reasumió sus antiguos proyectos. Pero en ambos tropezó con obstáculos insalvables. El del templo de las Lajas zozobró totalmente y el de la catedral sufrió aplazamientos y retrasos, debidos a problemas financieros y a la mediocridad de los planos. Sólo sus sucesores, mejor aconsejados y con más recursos, fueron capaces de llevarlos a término.

En estos años cayeron algunos aniversarios que supo aprovechar para reavivar la fe del pueblo con novenas, peregrinaciones y fiestas especiales. Al siglo XX lo saludó con un solemne homenaje a Cristo Rey; durante el cincuentenario de la proclamación del dogma de la Inmaculada (1904) promovió misiones populares, prescribió actos religiosos para el 8 de cada mes y participó en una multitudinaria peregrinación a la Virgen del Rosario en Ancuya. Los 25 años del pontificado de León XIII le depararon una excelente ocasión para expresar al papa, en manifiestos firmados por miles de los fieles, la fidelidad y el cariño de sus diocesanos. Incluso a los avatares de la guerra supo darles un sentido religioso. Programó novenas a la Virgen de las Mercedes, tanto en su templo como en la catedral y la iglesia de los capuchinos, celebró los triunfos más notables de las armas conservadoras con solemnes funciones de acción de gracias y rindió honores a los generales cristianos más significados.

En estas fiestas en las que veía la exaltación social de la religión no quería ahorros ni economías. Había que celebrarlas con el esplendor que exigía su significación religiosa y social. Al capellán del santuario de la Virgen de la Merced,

que le proponía ciertos ahorros en la celebración de una novena le respondió que no hiciera economías "de ninguna clase" y le diera "el mayor esplendor posible y aun mayor si se pudiera" (1897).

Con los sacerdotes seculares mantuvo relaciones frecuentes y, con algunos de ellos, incluso cordiales. Procuró elevar su nivel intelectual y moral por medio de frecuentes circulares, conferencias mensuales en las sedes de las vicarías, la celebración anual, en el mes de agosto, de los ejercicios espirituales, a los que solía asistir él mismo, y también por medio de amonestaciones y correcciones privadas. Con los ancianos y enfermos fue comprensivo y generoso. En casos extremos les asignaba una ayuda mensual, al igual que a los curas de parroquias pobres. No admitía acusaciones contra un sacerdote que no estuvieran sufragadas por varios testigos, rechazaba por principio las de quienes no estaban dispuestos a sostenerlas en juicio y nunca les condenó sin oír sus descargos, aunque el acusación procediera de las autoridades civiles. En 1902 lanzó el entredicho contra una parroquia porque algunos de sus feligreses habían llevado a su párroco a los tribunales civiles. Con todo, su epistolario deja entrever tensiones con algunos sacerdotes, procedentes, las más de las veces, del celo con que aplicaba las leyes y corregía los abusos probados.

También las comunidades religiosas, tanto masculinas como femeninas, recibieron de él muestras continuas de aprecio. Distinguía con especial afecto a las betlemitas, en cuya capilla celebraba misa con cierta periodicidad y, con más frecuencia, les dirigía pláticas, retiros y ejercicios espirituales. En 1902 comenzó a atender a un grupo de señoritas, con las que dos años más tarde formó un instituto religioso dedicado a "la enseñanza la doctrina cristiana a los ignorantes", y las envió a regentar escuelas en Sibundoy, San Francisco, Santiago, Mocoa y otros lugares apartados de su diócesis.

5. Última enfermedad y muerte

San Ezequiel no fue mártir en sentido estricto. Pero sufrió penas y dolores de auténtico mártir. Su vida entera rezuma privaciones, sufrimientos, dolores físicos y morales. Y sus últimos meses fueron un martirio prolongado.

A finales de junio de 1905 advierte la presencia de unas llagas malignas en la nariz. Se siente débil, con la cabeza cargada y molestias en la boca. Pero durante meses conduce la vida de siempre. Se levanta a la misma hora, despacha los asuntos ordinarios y hasta piensa en la erección de una prefectura apostólica en Tumaco. A finales de octubre recibe con la máxima serenidad la confirmación de que el origen de todos sus males es un cáncer maligno: "me he puesto en las manos de Dios. Él hará sus santa voluntad".

El clero de la diócesis no comparte tanta indiferencia y le *ordena* viajar a Barcelona, donde hay esperanzas de que un célebre cirujano pueda operarlo con éxito. Él acata la voluntad de su clero y el 18 de diciembre sale de Pasto rumbo a Barcelona. Iba postrado, sin apetito y con dolores continuos que le impedían conciliar el sueño. Sin embargo, no se le escapa un lamento y todavía tiene ánimos para ir a despedirse de la Virgen de las Lajas, ordenar a un diácono en el camino y celebrar misa todos los días.

El 10 de febrero llegaba a Madrid, pero tan desmejorado, que los religiosos de la curia general no le permitieron seguir a Barcelona. El 14 entraba en el quirófano del sanatorio del Rosario, donde durante tres horas soportó horribles torturas "con heroísmo de santo y bienaventurado", sin una queja, sin un movimiento de protesta. Le extirparon las tumoraciones de las dos fosas nasales, el vómer y el hueso etmoides, todo lo cual exigió la resección completa de la nariz. Luego le rasparon el velo del paladar, el cielo de la boca y otras partes invadidas por tejidos cancerosos. Varios de estos cortes y raspamientos tuvo que soportarlos en estado de plena conciencia, porque "la situación especial de su lesión" aconsejó la suspensión de la anestesia. Las mismas muestras de fortaleza dio en una segunda operación a que fue sometido el día 29 de marzo, así como en las cauterizaciones, raspamientos y amputaciones de los apéndices cárnicos que periódicamente se le reproducían en la boca.

Desgraciadamente, estos tormentos no le devolvieron la salud y ni siquiera aliviaron sus dolores. Consciente de la proximidad de su fin, el 31 de mayo, decide abandonar Madrid y viaja a Monteagudo para rendir su alma al Creador al lado de su amada Virgen del Camino: "Voy a morirme al lado de mi

madre". El 19 de agosto, tras ajustarse él mismo las ropas de la cama y con la mirada fija en el crucifijo, exhalaba su último suspiro. Poco antes había enviado un telegrama de agradecimiento al Santo Padre. Ningún broche más apropiado para cerrar una vida consagrada enteramente al servicio de Dios y de la Iglesia.

El halo de santidad que le había rodeado de vivo creció con su muerte. En 1910 la autoridad diocesana abría en Pasto los procesos informativos sobre su vida y virtudes, que, tras más de sesenta años de estudio, habrían de conducir a su beatificación el 1 de noviembre de 1975 y a su canonización el 11 de octubre de 1992.

II. ASPECTOS DE SU ESPIRITUALIDAD Y APOSTOLADO

La silueta humana y espiritual de san Ezequiel es clara y límpida, de contornos netos y perfectamente delineados. Su trayectoria biográfica es rectilínea, sin altibajos, sin rodeos, sin accidentes de relieve. Se mueve de continente a continente, cambia a menudo de ocupación, varían otras mil circunstancias, pero su espíritu permanece siempre fiel a las mismas pautas. En todo lugar y en todo momento se siente y actúa como religioso consagrado al servicio de Dios y sacerdote, ordenado para trabajar en favor de los hombres (*Heb* 5, 1). Dios y las almas constituyen siempre su horizonte vital, lo mismo cuando trabaja en las parroquias de Filipinas o en las misiones de Casanare, que cuando la obediencia le encomienda la administración de una hacienda agrícola, la dirección de un noviciado o el gobierno de una diócesis.

1. Oración y penitencia

Aparentemente, su vida espiritual fue uniforme y quizá hasta se la podría calificar de rutinaria y monótona, en cuanto que no se aparta jamás de los dictados de la ascética tradicional. Sin embargo, fue sumamente dinámica, en perpetuo movimiento, abierta de par en par a las mociones de la gracia, que la fue purificando y transformando hasta conformarla totalmente con Cristo. Los moldes son siempre los mismos: la oración prolongada, la búsqueda incesante de la voluntad de Dios, la devoción cordial e intensísima a la Eucaristía, al Sagrado Corazón y a la Virgen la abnegación, la penitencia corporal, el amor a las almas…, pero su contenido se va enriqueciendo día tras día. Durante toda su vida dedicó largos ratos a la oración tanto mental como vocal, se esforzó por someter su voluntad a la del superior y maceró su cuerpo con ayunos y disciplinas abundantes. Pocos meses antes de su última enfermedad, sus familiares descubrieron en su habitación "varios cilicios de punzante malla para los brazos, las piernas y la cintura". De la importancia que concedía a la ora-

ción tenemos un testimonio bien elocuente en el horario que presidía su jornada episcopal en Pasto:

4 – 4,15	Levantada y aseo personal.
5 - 6	Oración mental
6 – 7,15	Celebración de la Eucaristía y participación en otra.
7,45 - 10	Estudio.
10 – 10,45	Visita al Santísimo.
11 – 11,30	Audiencias y despacho con los empleados de la curia.
11,30 - 14	Comida, visita al Santísimo y paseo por el claustro.
14 - 15	Vísperas, maitines y visita al Santísimo.
15 – 17,30	Estudio.
17,30 - 18. 30	Oración mental.
18,30 - 20	Estudio.
20 - 21	Rosario y colación.
21 – 22,15	Visita al Santísimo.
22,15	Retiro a su habitación.

Por el padre Alberto Fernández, su hombre de confianza, sabemos que en Casanare distribuía la jornada de modo muy semejante.

Este programa, del que difícilmente se dispensaba, reservaba a la oración unas seis horas diarias. Y todavía habría que sumar alguna otra más. Sus familiares y colaboradores le sorprendían en el oratorio a las horas más impensadas del día y de la noche. Desde que entró en la Liga de víctimas de Sagrado Corazón (19 julio 1899) se obligó a varias otras jaculatorias y actos de presencia de Dios. Todos los jueves del año practicaba la Hora Santa entre once y doce de la noche. Los primeros viernes de mes acudía a las funciones que los jesuitas organizaban en honor del Sagrado Corazón. El 25 de cada mes, "día para mi especial desde que escribí mi librito sobre los Dolores Internos del sagrado Corazón", celebraba la misa en la capilla de las betlemitas, predicaba a las monjas y a las colegialas y se entretenía largo rato en adoración al Santísimo. En sus cartas alude entusiasmado a esos ratos de adoración.

Delante del Santísimo su corazón se inflamaba en amor de Dios. Algunas veces no podía reprimir su ímpetu y prorrumpía en suspiros y soliloquios prolongados. Lo atesti-

guan testigos presenciales y lo proclaman con más claridad sus propias cartas. Algunas de ellas son auténticas brasas de amor a Dios. Pero de ordinario no era ése su estado de alma. Sufrió de aridez, de frialdad, de desconsuelo, de indiferencia ante el amor de Dios, y debía hacer esfuerzos sobrehumanos para arrancar un afecto del hielo su corazón. Pero nada de eso le desanima ni le mueve a abreviar los ratos de oración, sino que sigue el programa habitual y descansa confiado en los brazos del buen Dios. Sabe, además, que en ese estado se purifica el alma del orante y se da gloria a Dios.

> "Es lo ordinario", escribía en 1904 al padre Maurilio Detroux, "que nuestro buen Jesús me tenga amándole sólo con la voluntad, sin que este corazón sienta lo que la voluntad quiere. ¡Él sea bendito! No sé el tiempo que tendrá marcado para que yo le ame sólo a puro esfuerzo de la voluntad, sin experimentar esos consuelos que tanto facilitan los caminos del sacrificio, y que hacen de la tierra un cielo. Este cielo en la tierra no lo tengo, pero, ¡oh Jesús mío!, ¿qué gracia es amarte cuando arrebatas? ¿Cómo es posible no amarte cuando pones el alma en esa especie de cielo en el que admira tu hermosura y se siente atraída por tu bondad infinita? Siento que te debes complacer más cuando una pobre alma abandonada, sola, sin estímulo alguno aparente, se vuelve a Ti para decirte: ¡Te amo, oh Jesús, te amo, nada tengo, ni quiero tener, que no sea tuyo!
>
> Deseo, o quiero desear a veces, todo lo que sienten mis hermanas de tierno y amoroso para con nuestro Jesús, pero me ocurre que, acaso, el coro de alabanzas que formamos tenga más belleza, si con afectos tiernos entran ayes, y con los enajenamientos de alegría se confunden los suspiros y lamentos, como los que Él, nuestro Jesús, lanzaba en el huerto y en la cruz. ¡Oh, si yo le diera alguna gloria con eso! Al menos, oh Jesús de mi alma, *quiero* dártela.
>
> Necesito humillaciones y esto lo ve nuestro Jesús mejor que yo, y por eso me priva de sus consuelos. Cuando el alma se siente anegada en el amor divino, le parece natural que el Señor la considere y regale, y aun llega a parecer que le pagamos todo. Pero cuando una se siente como yo, no hay ganas más que de bajar la cabeza humillada y confundida por tanta

miseria y pobreza. Se siente esa falta de todo que hace decir con humildad: ¡Jesús mío! ¡Una limosnita! ¡Vos sois todo, yo no soy nada! ¡Vos lo tenéis todo, yo nada tengo!"

Sus devociones preferidas fueron siempre el Sagrado Corazón, la Eucaristía y María Santísima. La primera alcanzó significación especial en su vida, sobre todo a partir del año 1899, en que la devoción a los dolores internos del Sagrado Corazón le confirió un tinte cada día más penitente y abnegado. Desde esa fecha ya no se contentó con la simple aceptación del dolor, sino que lo deseó y lo buscó, llegando a considerarlo como "una caricia que nos hace nuestro buen Dios" (1900). Durante la guerra civil que ensangrentó a Colombia desde 1899 hasta 1902 se ofreció al Señor como víctima expiatoria. Al parecer, Dios aceptó esta generosa inmolación de su ser y lo probó y purificó con dolores de cabeza, fiebres y enfermedades corporales; y con amarguras y contrariedades de orden moral, concretadas en los combates que tuvo que sostener, no obstante su natural pacífico, en los ultrajes, insultos y calumnias de sus adversarios políticos y, sobre todo, en la incomprensión de algunos de sus superiores eclesiásticos. En algunas épocas sufrió también de agitaciones de conciencia y de aridez y desamparo en la oración.

A pesar de todo, nunca perdía la calma. Al contrario, entre los rasgos más visibles de su fisonomía humana y espiritual descuellan la serenidad, el sosiego, la quietud y la entereza de ánimo. Ni el dolor físico, ni el insulto más cruel, ni el aplauso más entusiasta descomponían la admirable serenidad de su rostro. Este señorío espiritual sobre los instintos brilló con luz especialísima durante su última enfermedad y las dolorosísimas intervenciones a que fue sometido.

2. Sentido católico

El sentido católico, otro de los rasgos más característicos de su fisonomía espiritual, se manifiesta a lo largo de toda su vida en una inquebrantable fidelidad a la Iglesia. En todo momento busca las orientaciones de "Nuestra Santa madre la Iglesia" y ajusta a ellas su conducta, aun en los momentos en que su experiencia podría dictarle otro modo de proceder. "No somos nosotros los llamados a enmendarle la plana", escribía

en 1894, "sino a creer firmemente que sabe más que nosotros mismos". En otra ocasión escribirá que el buen católico está siempre dispuesto "a sujetar su débil inteligencia a toda insinuación de la que se cree maestra de la verdad, y ver las cosas, juzgarlas y sentirlas como ella las ve juzga, siente y propone". A los profesores y maestros los exhorta a inculcar en sus discípulos el "amor a la verdad católica" y a formar sus inteligencias "con doctrinas en un todo conformes con las de nuestra santa religión católica, apostólica, romana".

Íntimamente persuadido de que la docilidad a la Iglesia es el medio más eficaz para preservar la fe, exhorta una y otra vez a sus fieles a estar siempre atentos a sus enseñanzas, a escuchar su voz y a dejarse guiar por ella. Personalmente sigue con pasión sus avatares, celebra sus triunfos y sufre con sus reveses y flaquezas. Los ataques de los enemigos desgarran las fibras más tiernas de su corazón. Le duele la creciente marginación social de la Iglesia, primeramente, porque la ama como a madre y la quiere grande y gloriosa, pero también porque creía en la posibilidad histórica de una sociedad auténticamente cristiana, fundamentada en los principios del Evangelio y dirigida por la Iglesia. Para él la utilidad social de la Iglesia era evidente y veía en ella fuente inagotable de progreso y bienestar.

3. Admirador y promotor de la vida contemplativa

San Ezequiel Moreno fue un enamorado de la vida religiosa, amante de las tradiciones espirituales de su orden, con la que se sintió siempre plenamente identificado. Vestía siempre su hábito, añoraba la compañía de los frailes –lejos de ellos, el palacio episcopal de Pasto le pareció un témpano de hielo–, y al final de sus días quiso rendir su alma al Creador en el mismo convento en que de joven le había entregado su vida. Mantuvo relaciones cordiales con varias comunidades masculinas y femeninas, especialmente con los capuchinos y las betlemitas; en momentos difíciles salió en defensa de jesuitas y salesianos, ofreció su diócesis a las comunidades expulsadas del Ecuador y fundó una congregación femenina para evangelizar a los infieles de su diócesis.

Pero la niña de sus ojos fueron siempre las monjas de clausura. En su vida, desprendida de todo lo terreno, veía un perenne canto de alabanza al Señor, que dilataba su alma de alegría, y entre ellas encontró siempre almas gemelas, con quienes le era fácil dar rienda suelta a los afectos más profundos de su corazón.

La vida le puso muy pronto en comunicación con ellas. En su niñez sirvió de monaguillo y sacristán a las dominicas de su pueblo natal. Como rector de Monteagudo trató a las agustinas recoletas de Ágreda y a las bernardas de Tulebras, y se comunicó con otros conventos de la región. En Bogotá fue confesor, consejero y director espiritual de carmelitas descalzas, concepcionistas, salesas y religiosas de la Enseñanza, y en todas partes se preocupó de sus necesidades materiales y de su adelanto espiritual. En el ejercicio de su ministerio sacerdotal enderezó hacia el claustro a no pocas de sus dirigidas y después siguió de cerca la marcha de su vida espiritual. En algún momento llegó a pensar en la fundación de un convento de agustinas recoletas en Colombia.

Actualmente conservamos 30 cartas dirigidas a monjas de clausura, apenas un pequeño muestrario de las docenas que les escribió a lo largo de su vida. Ellas nos desvelan los perfiles de esta delicada faceta de su vida. Sólo le interesa la santidad de sus corresponsales. Les recuerda que están llamadas a ser propiedad exclusiva de Dios; que, a imitación de Inés de Benigánim, una agustina descalza recién beatificada, a la que él había encomendado la restauración de la orden en Colombia, hagan de su monasterio un jardín en el que Dios encuentre sus delicias; que se identifiquen plenamente con su esposo; que le agradezcan su predilección; que vivan "en Él, con Él y para Él"; y que tengan siempre presentes las necesidades de la Iglesia.

En 1888 encomienda a las recoletas de Ágreda la misión que le conduce a Colombia y les pide que unan "sus oraciones a las de las otras religiosas recoletas que ruegan por ella". Y luego atribuirá sus logros a sus oraciones: "Estoy en la firme creencia de que lo poco bueno que hacemos se debe a las oraciones que dirigen al cielo muchos conventos de religiosas" (1890).

4. Vida religiosa y apostolado

Apostolado y vida religiosa eran para él inseparables. Miembro durante más de veinte años de una provincia exclusivamente apostólica, educado en un noviciado misionero y dedicado a la cura de almas durante los años de su juventud, el amor a las almas penetró en los pliegues más profundos de su corazón y envuelve totalmente su concepción y experiencia de la vida religiosa. No encontrará nunca dificultad alguna en conjugar apostolado y vida común, ascesis y amor a las almas, retiro del mundo y presencia salvadora en él. Lejos de ser polos antitéticos, apostolado y vida común son realidades interdependientes, que reciben aliento y calor de un mismo núcleo o ecuador, que es el amor de Dios. Sin éste no hay ni apostolado ni vida común, ni retiro del mundo ni presencia eficaz en él, ni amor a las almas ni ascesis auténtica. El amor a Dios, nutrido en la oración y la penitencia, es el horno del que proceden esas otras llamas, que luego caminan entrelazadas y se fortalecen mutuamente.

Ni sus largas horas de oración ni la agradable convivencia con los hermanos le impidieron jamás dedicar horas enteras al confesonario y al púlpito, atender a los enfermos de día y de noche, preocuparse de la catequesis, dar vida a asociaciones religiosas o dedicar largos ratos al estudio de la teología y al análisis de las necesidades religiosas de sus fieles. Donde no podía hacerse presente personalmente procuraba llegar con la carta particular, el folleto, la hoja volante o el periódico católico, cuya utilidad acertó a valorar debidamente. Sus circulares, pastorales y opúsculos doctrinales, transparentes y transidos de fervor, eran buscados dentro y fuera de su diócesis, porque afrontaban temas candentes y proponían soluciones inspiradas en los valores perennes del Evangelio.

Durante muchos años, especialmente en los cinco años que pasó en Bogotá el confesonario, el púlpito y los enfermos fueron el centro de su vida. Su palabra, requerida en los púlpitos más prestigiosos de la ciudad, resonó también con frecuencia en humildes capillas de pueblos, monasterios de clausura, hospitales y cárceles. Dedicaba todos los días horas enteras a atender a los fieles que se agolpaban alrededor de su confesonario de La Candelaria y todavía sacaba tiempo para

confesar todas las semanas a tres o cuatro comunidades de monjas. "Nuestro sitio", escribía en febrero de 1890 a su superior, "es el confesonario y se puede decir que no salimos de él sino para prepararnos para el púlpito".

El padre Ezequiel fue un confesor y un director de almas muy estimado en Bogotá, con amplio séquito en todas las capas de la sociedad. Acudían a él indistintamente gentes de las familias más encumbradas de la ciudad y gentes de la más humilde extracción social. Él a todas atendía con la misma entrega y la misma diligencia. Dotado de sensibilidad religiosa, de doctrina teológica y de prudencia, penetraba en los repliegues de las conciencias y detectaba las corrientes de la gracia y, a la vez, descubría sus llagas y aplicaba el remedio apropiado. En esta delicada tarea dio muestras de tres virtudes principales: la solicitud, la paciencia y la bondad.

La primera brilla, sobre todo, en la constancia de su empeño. Raro era el día en que no se sentara unas horas en el confesonario o se inclinara sobre su mesa de trabajo para responder por escrito a las consultas de sus dirigidos. Hasta en los viajes encontraba tiempo y modo para proseguir la labor. La paciencia, compañera inseparable de todo buen confesor, la ejercitó en modo heroico. Sus compañeros recuerdan la bondad con que acogía a una monja de clausura, víctima de auténticas congojas espirituales. Obscuridades, dudas y escrúpulos laceraban su espíritu, y sólo encontraba consuelo en la palabra cálida y persuasiva del padre Ezequiel, a quien mandaba a llamar casi a diario y a cualquier hora. Él nunca desoyó el quejido de esta alma herida. Apenas se desembarazaba de cuanto llevaba entre manos, acudía a su llamada con ánimo jovial, sin asomo de contrariedad o fastidio, a pesar de que semejante situación se prolongó durante cinco años. En Pasto se encontró con otros casos semejantes.

En el confesonario tendía a la benignidad y a la indulgencia, porque estaba persuadido de que "la bondad era camino más apto que el rigor para conducir las almas a Dios". Rara vez amenaza o reprende con aspereza y jamás humilla o da desaires, jamás sumerge a las almas en las tinieblas de la duda o de la desesperación. Cuando reprende lo hace con dulzura y suavidad, siempre atento a no postrar ni acobardar. Todo su afán radica en conducir las almas a Jesús, en avivar

su esperanza y espolear su generosidad, poniéndoles delante una y mil veces el amor infinito de Jesús.

Pero esa bondad e indulgencia no entrañaba acomodamientos ni contemporizaciones. Ezequiel trataba de espolear la generosidad de las almas, dirigiéndolas hacia metas siempre más altas, y nunca renunciaba a enfrentarlas con sus obligaciones. Tenía siempre presente que Dios pasa cuenta de cada gracia concedida y que no se da paso alguno por el camino de la perfección hurtándose a las propias responsabilidades. A una señorita protestante que le manifestaba su desasosiego la amonesta a no desperdiciar las repetidas llamadas de la gracia: "usted va a ser delante de Dios más culpable que otras personas, porque ha recibido más gracias y más llamamientos". A una religiosa de Pasto que creía reencontrar la serenidad perdida desertando la celda y el recogimiento, le desvela su error y la anima a abrazarse valientemente con la voluntad del Señor: "veo por su carta que ha dejado a Jesús solito en la celda y que se ha echado a andar y correr por fuera y que, como es natural, le va malísimamente en esas correrías, porque le falta la dulce y buena compañía del único que puede llenar sus aspiraciones, y que, por otra parte, en su misericordia le hace palpar y sentir esa verdad en las amarguras que sufre cuando no está con Él".

En Casanare y Pasto estas actividades disminuyeron, como más de una vez anota él mismo en su correspondencia con sus dirigidas santafereñas. El 25 de julio de 1894, a los dos meses de su llegada a Támara, expresaba su pesar a Carmelita Briceño, porque "desde que salí de ahí ya no he tenido el gusto de pasar una mañana entera en el confesonario. No hay quien quiera ocuparme, y sólo algún día que otro confieso algo". Pero con todo esta ocupación nunca desaparecería del todo y en algunas ocasiones, como durante las visitas pastorales, volverían a ocupar un puesto importante en su agenda diaria. Entre 1900 y 1902 atendió casi diariamente a un nutrido grupo de religiosas betlemitas.

5. Servidor de los enfermos

El paisaje biográfico de san Ezequiel está poblado de enfermos. A menudo le tocó vivir a su lado y siempre los llevó

presentes en su corazón. De niño prefiere renunciar a las vaquillas el día de san Roque a dejar solo a un compañero enfermo. En su última enfermedad, cuando las fuerzas apenas lo sostenían en pie, encuentra ánimos para confortar a los enfermos hospitalizados en la sala de pobres de la clínica en que él acaba de operarse. Entre ambas escenas corre toda una vida dedicada al servicio de la humanidad doliente.

Tanto en Filipinas como en Colombia acude a sus llamadas a cualquier hora del día o de la noche, sin oponer nunca el más mínimo reparo ni soltar la carga sobre hombros ajenos.

> "¡Puerta de La Candelaria!, ¿qué noche no has sido golpeada, y bien a deshora, por quien venía en busca del padre Moreno para asistir a un moribundo? ¿Cuántas noches habrá pasado tranquilo en su pobre lecho sin ser despertado, una o más veces, a las doce, a las dos de la mañana, para ir a esos barrios del Derrumbe, de Belén y de Egipto, ordinariamente llenos de lodo y de charcos para asistir a un enfermo?"

En estas palabras condensa Nicolás Casas, su sucesor en el provincialato y en vicariato de Casanare, el servicio del padre Ezequiel a los enfermos. Trepida en ellas una mezcla de admiración, circunspección y reserva. Como si Casas hubiera querido subrayar este aspecto de su fisonomía espiritual y, por miedo a traspasar el umbral o a desvelar secretos e intimidades, se hubiera contentado con guiar hasta él al lector y excitar allí su imaginación.

Los testimonios son abundantes y concordes. El notario Augusto García, que trató al santo con cierta familiaridad desde el año 1890, declaró que "era muy solícito en ir a confesar a los enfermos a cualquier hora del día o de la noche". El senador Enrique de Narváez añade que se sentía feliz cuando lo llamaban a la cabecera de un enfermo. Sor Susana González observa que "estaba siempre tan dispuesto a ir a confesarlos que, a pesar de sus múltiples ocupaciones, parecía que no tenía otra cosa que hacer". En términos semejantes se expresan el cirujano Aurelio Sicard, que convivió con él varios años en Bogotá, Támara y Pasto, monseñor Santos Ballesteros, sor María Luisa Ferreira, el padre Julián Moreno y otros.

Siempre está dispuesto a correr a confesarlos, a aliviar sus dolores, a socorrerlos en sus necesidades materiales. Pero su solicitud resplandece de modo especial en sus frecuentes e interminables viajes, en los que nunca se olvida de preguntar por los enfermos de los lugares por donde pasa ni de llevarles una palabra de consuelo, y en las epidemias, que jalonan gran parte de su vida.

En 1882, siendo administrador de la hacienda de Imus, se desvivió por que a ninguno de los centenares de enfermos de cólera de los barrios de Salinas y Mambog les faltara el consuelo de la religión en los últimos momentos de su vida. Del mismo modo había actuado meses antes en el barrio manileño de Santa Cruz. En 1910 uno de sus coadjutores filipinos recordaba emocionado su heroica atención a los coléricos del barrio, a pesar de la anemia y fiebre que minaban su organismo. En Casanare también hubo de hacer las cuentas con la desnutrición, el paludismo y otras dolencias tropicales.

Ezequiel se preocupaba ante todo de las alma de los enfermos. Si lograba purificarlas con el sacramento de la penitencia, exultaba de gozo y glorificaba al Señor. Si tropezaba con alguna resistencia, sufría, se disciplinaba, alargaba la oración y tornaba a insistir. Pero también tenía ojos para otras exigencias más terrenales. Sabía que los enfermos tienen necesidad de compañía, de comprensión, de calor humano, de aliento… y se esforzaba por satisfacerla. Participaba cordialmente en su dolor y a menudo acertaba a amortiguarlo y aun a devolver el ánimo y la alegría de vivir tanto a los enfermos como a sus familiares.

Cecilia Molano, religiosa salesiana de Bogotá, refiere que en cierta ocasión tranquilizó a su padre, desesperado por la muerte de un hijo de once años. En otra mitigó los sufrimientos de su madre, "víctima de un inmenso dolor". En Pasto acudía todas las semanas a confesar a una religiosa betlemita, anciana y ciega. Después de confesarla, llamaba a otras religiosas y entre todos procuraban entretenerla un rato con conversaciones agradables. En Monteagudo solía bajar a entretener largos ratos a un joven mentalmente trastornado, que sólo con él se sentía sereno. Y del mismo modo se comportó en Casanare y Bogotá con parientes de Caro, Narváez y otros funcionarios muertos, hechos prisioneros o caídos en desgracia.

Para los frailes atacados por la viruela o el cólera consigue la mejor vacuna disponible, se preocupa de que nunca les falte compañía y él mismo interrumpe el reposo nocturno para velar el de sus hijos enfermos.

6. Con los pobres

También los pobres y menesterosos le acompañaron a lo largo de toda su vida. En Las Piñas, que ya de por sí era un pueblo escaso de recursos, hubo de hacer frente a toda una serie de calamidades. En 1876 y 1878 pertinaces sequías asolaron sus arrozales, abriendo la puerta al terrible flagelo del hambre y en abril de 1879 un voraz incendio redujo a cenizas gran parte de la población. En ambas ocasiones el santo se movió eficazmente, ideando proyectos y encauzando iniciativas. Ni el endeudamiento le asustaba cuando se trataba de aliviar necesidades. Durante el hambre de 1878 logró que ninguno de sus feligreses careciera del sustento necesario y en 1879 repartió a manos llenas dinero, arroz, ropa y cuanto podía contribuir a mitigar penalidades.

Durante la carestía que golpeó la comarca de Monteagudo en 1887 raro era el día en que no acudieran al convento de 400 a 500 menesterosos y ninguno se alejaba sin su ración. Una vez llegó a sus oídos que el limosnero había despedido a uno sin el debido auxilio. Inmediatamente mandó reparar la falta y reprendió al culpable. La limosna consistía en dos raciones diarias de pan, servidas a las 10 de la mañana y a las 3 de la tarde, y en un plato caliente servido a las 12. 30 del mediodía. Para poder atenderlos, la comunidad se privó del postre, se endeudó y hasta pensó en salir a pedir limosna por los pueblos. Y no se contentaba con distribuir pan, caldo y patatas. Sabía muy bien que también los pobres poseen un corazón y unos sentimientos que no siempre quedan satisfechos con la simple limosna material.

En Pasto aumentaron sus posibilidades y lógicamente crecieron también las limosnas. Su ama de casa no acertaba a conjugar la pobreza de su ajuar y la frugalidad de su mesa con su munificencia con los pobres. La mayor parte de sus ingresos iban a parar a manos de los pobres y vergonzantes, que a diario acudían en masa en busca de comida, ropa o dinero.

También el portero de palacio recibía todas las semanas 16 pesos para repartirlos entre los pobres. Cuando los pesos se acababan antes que los días de la semana, cosa que sucedía con harta frecuencia, los pobres iban directos al obispo, quien no permitía que nadie se alejara de su casa con las manos vacías.

Otros testigos hablan de limosnas a viudas y pobres vergonzantes, de ayudas a sacerdotes pobres y a monjas de clausura y de visitas a la cárcel y al orfanato. Su correspondencia revela que sostuvo los estudios de jóvenes que carecían de recursos así como su dolor al ver que la guerra llenaba de mendigos las calles de Pasto. Hasta los soldados se veían obligados a ir de casa en casa en demanda de un pedazo de pan. En esas circunstancias recibió noticia de que un acaudalado pastuso había legado sus bienes a los pobres de la ciudad. Inmediatamente da los pasos oportunos para entrar en posesión del legado y aplicarlo a los pobres de la ciudad. Y cuando sus consejeros le proponen sufragar con su fruto la apertura de un colegio salesiano, él prefiere aplicarlo al socorro de los desvalidos: "La necesidad más urgente, hoy día, en esta población es la de los pobres, con los que ya no sabemos qué hacer por la multitud" (1904).

En todas partes derramaba los tesoros de su caridad. Sin embargo, rara vez tuvo un céntimo para sus hermanas, que no andaban muy desahogadas, porque siempre creyó que el dinero de la diócesis pertenecía a sus pobres. En su testamento pudo estampar esta conmovedora confesión: "tengo dos hermanitas pobres. No las he socorrido durante mi episcopado en Pasto, porque no he tenido para socorrerlas. Todo lo he dado a los necesitados de aquí, excepto lo gastado en comer y algo en vestido".

III. MISIONERO EN FILIPINAS Y COLOMBIA

San Ezequiel fue misionero por vocación personal y por pertenencia a una comunidad de antigua raigambre misionera. De niño sueña con llevar el evangelio a los indios de Filipinas y rechaza con decisión una beca del obispo de Tarazona, que, prendado de su bella voz, quería llevárselo a su seminario. El mismo día de su profesión se obliga con juramento solemne a trabajar de por vida en las misiones de Filipinas. Sus primeros desvelos sacerdotales los dedica a evangelizar a los indígenas de Palawan y una de sus últimas satisfacciones en esta tierra fue el encuentro en Pasto, cuando ya su cuerpo estaba minado por el cáncer, con el primer prefecto apostólico del Caquetá, una prefectura que él había promovido con empeño y clarividencia.

1. Fundador de Puerto Princesa

El 16 de febrero de 1872, con su sacerdocio recién estrenado, recibe el nombramiento de misionero y capellán castrense de Puerto Princesa, una colonia agrícola de tipo militar, que el gobierno trataba de fundar para colonizar el sur de la isla de Palawan y salir al paso de las apetencias que su situación estratégica suscitaba en las cancillerías europeas.

La construcción de la capilla y casa cural y la atención a la variopinta población de la colonia, compuesta en gran parte de presidiarios y víctima de la malaria y otras enfermedades tropicales, absorben gran parte de su tiempo. Pero él se sentía misionero y no tarda en volver la mirada a los numerosos infieles de los alrededores. Primeramente, se adentra por el *hinterland* de la bahía, visita las rancherías de los ríos Iraguan e Iwahig y entra en contacto con unos 400 tagbanuas, a los que intenta catequizar y reducir a poblado. Los negritos son lentos a la hora de cumplir sus promesas, pero él no ceja y continúa animándolos a concentrarse en un poblado. El 14 de octubre, en una de sus visitas, constata con gozo que algo comienza a moverse: "donde antes vi una sola casa, ya encontré ocho con ocho familias, más cuatro que estaban para llegar de

un momento a otro y algunas otras que tengo por cierto que también se juntarán".

Su celo por la salvación de las almas lo tiene siempre en tensión. Aprovecha viajes, conversaciones, cuantas circunstancias se le ofrecen, para informarse de las necesidades espirituales de quienes lo rodean y corre rápido en su auxilio. Un día se percata del abandono espiritual de Babuyan y Tulariquin, barrios muy alejados de la parroquia de Taytay, y propone que pasen a la jurisdicción de Puerto Princesa. Más tarde le llega noticia de la existencia de sendas rancherías de infieles en las márgenes de los ríos Inagauan y Aborlan y enseguida corre a visitarlas, sin reparar en los 45 kms de bosques y manglares que las separan de su residencia.

Insensiblemente, las necesidades espirituales y materiales de estos indígenas pasan a ocupar el centro de su actividad sacerdotal. Los visita repetidas veces, comparte su modo de vivir, los anima a agruparse en un poblado. Se informa sobre las interrelaciones de los diversos grupos, sobre sus costumbres religiosas, su forma de gobierno, la calidad de sus campos; pregunta a los viajeros sobre la marcha de las reducciones, acaricia planes y proyectos y los eleva a las autoridades civiles y eclesiásticas. Sus cartas giran siempre en torno a sus queridos indios, como si no acertara a desprenderse de su recuerdo.

A su superior religioso lo apremia a que envíe inmediatamente algún misionero. Tendrá que sufrir la soledad, la insalubridad de la tierra, la escasez de alimentos y en algún sitio estará expuesto a las incursiones de los moros. Pero no hay que reparar demasiado en esas dificultades. No son más que gajes del oficio, "trabajos anejos al asunto". Él se ofrece gustoso a abrir el camino, aunque reconoce que cualquier otro podría "hacerlo tan bien o mejor que yo".

Desgraciadamente, a finales de noviembre, durante una noche pasada a la intemperie en la playa de Inagauan, el paludismo hizo presa en su cuerpo y le obligó a retirarse a Manila. Pero su paso por Palawan no había sido inútil. El aguijón de las misiones se le había clavado en el corazón y ya nunca podría liberarse de él. Por otra parte, sus cartas e informes atrajeron la atención de las autoridades sobre las necesidades de la isla y prepararon el camino a su evangelización

sistemática, que comenzaría en 1886 con la llegada de un grupo relativamente numeroso de jóvenes misioneros recoletos.

Al año siguiente fue destinado a Mindoro como vicario provincial y párroco de Calapán, cabecera de la isla. También allí tuvo ocasión de desplegar su celo misionero. La vastísima jurisdicción de Calapán estaba salpicada de aldehuelas y rancherías, en las que fieles e infieles convivían pacíficamente. El padre Ezequiel atiende a todos con la misma solicitud. A los cincuenta años el viejo Atanasio, su colaborador más fiel, todavía rememoraba con fruición sus correrías por montes, ríos y esteros, sin parar mientes en el calor, las distancias o las enfermedades.

Como vicario provincial apoyó la creación de cinco nuevos centros misionales, que, aunque fueron aprobados por real orden del 28 de febrero de 1878, no serían cubiertos hasta nueve años más tarde. Todos los cree necesarios, porque las enormes distancias y la inexistencia de caminos entorpecían gravemente la acción de los pocos sacerdotes de la isla. Pero insiste sobre todo en la atención que esas misiones podrían prestar a su todavía copiosa población infiel. Por eso aboga calurosamente por el establecimiento de una misión entre los infieles de Santa Cruz: "Se someten con obligaciones ventajosísimas a la religión y al Estado; son nuevos súbditos que quieren obedecer a la autoridad que antes no obedecían ni siquiera conocían; es gente que busca y pide nuestra religión y nuestras costumbres y es razonable, es justo que los acojamos".

El misionero deberá tratarlos con la máxima delicadeza, armarse de paciencia y estar dispuesto a afrontar toda clase de privaciones y sacrificios, "a vivir con el manguián y a sufrir cuando ellos sufran y gozar cuando ellos gocen. Con su carácter dulce y de paciencia dulcificará el de ellos; los acostumbrará a su trato paternal y tranquilo y al social y laborioso, haciendo de modo que se agrupen en poblaciones que serán regidas en un principio del modo más conducente al fin que nos proponemos". La misión se cobrará "acaso la vida de algunos misioneros. Las condiciones poco saludables de todo terreno inculto y virgen, las fatigas en las excursiones, y otros trabajos nos robarán esas vidas que tanto valen. Pero ¿qué importa? Siempre ha sucedido lo mismo; que eso no se tenga

en cuenta como contrariedad a esa grande obra, porque aún hay fe, hay todavía heroísmo, aún hay apóstoles e imitadores del Crucificado, aún hay hombres que anhelan dar la vida en provecho de sus hermanos y morir con la muerte de los mártires" (1876).

A la vez se preocupó de defender la identidad religiosa de los misioneros, aconsejando su concentración en residencias, en las que sería más fácil conciliar las exigencias de la vida común con las del apostolado.

2. Restaurador de las misiones de Casanare

En Colombia vuelve a avivarse el rescoldo misionero que anidaba en su alma. En perfecta consonancia con los planes del delegado apostólico y del gobierno de la nación emprende inmediatamente una correría por los Llanos de Casanare, "donde tanto trabajaron y tan gloriosa memoria dejaron nuestros padres". Entre diciembre de 1890 y abril de 1891 recorre aquellas inmensas planicies administrando sacramentos, regulando matrimonios, visitando enfermos y, sobre todo, tomando apuntes sobre la situación de sus habitantes. En todo momento su preocupación dominante es la suerte de los infieles. La presencia de sálivas y guahibos en las inmediaciones de Orocué le mueve a dejar allí a sus tres compañeros.

Este viaje, que tan bien supo contar a los lectores de la prensa santafereña, marca un hito fundamental en la historia moderna de las misiones colombianas, porque divulgó las necesidades de sus habitantes y preparó el terreno al primer vicariato apostólico de la nación. Al revés que otros exploradores religiosos de la época, el padre Ezequiel, consciente de que "una sola alma vale más que la vida del hombre", no se asustó ante la soledad de los misioneros, la insalubridad del terreno o la escasez de recursos y dejó en Casanare a tres religiosos con el encargo de atender a los indígenas de las riberas del Meta y de estudiar a fondo su lengua, que por el momento es lo que más le interesa. Con sumo gusto se habría quedado él mismo con ellos. Pero no pudo dar oído a sus deseos, porque las obligaciones de su cargo reclamaban su presencia en Bogotá.

En Bogotá vive siempre pendiente de Casanare. Procura paliar el aislamiento de sus misioneros con cartas fre-

cuentes, transidas de solicitud paternal. Los pone en guardia contra la tentación del desaliento y los halagos de una vida más cómoda, pero, a la vez, quiere que anden juntos, que no cometan excesos que puedan dañar su salud, que se muevan con libertad. Les manda socorros materiales, les subscribe a un periódico de Bogotá "para que estén al corriente de las cosas de aquí", y, apenas le fue posible, les envió otros tres compañeros.

Simultáneamente, promueve la creación de un vicariato apostólico, a pesar de darse perfecta cuenta de que con ello se está acercando una cruz de la que desea huir con toda su alma. El 17 de julio de 1893 Roma erigía el vicariato apostólico de Casanare y el 25 de noviembre del mismo año le encomendaba su administración.

El padre Ezequiel llegó a Casanare con "la firme persuasión de permanecer en aquella región hasta su muerte". Le halagaba la idea de pasar a la "eternidad desde las playas de sus ríos o la espesura de sus bosques". Pero la Providencia tenía otros planes y apenas le permitió permanecer en él unos pocos meses. El 30 de junio de 1894 hizo su entrada en la sede del vicariato y el 8 de febrero de 1896 se despedía en Nunchía del último de sus misioneros.

En tan breve tiempo recorrió todo el territorio, estructuró su administración en torno a cuatro centros, en los que colocó a sus dieciséis misioneros, estableció una comunidad de religiosas en Támara y preparó la instalación de otras en Orocué y Arauca, abrió orfanatos para hijos de guahibos y sálivas, promovió la creación de escuelas rurales, se esforzó por moralizar la vida pública y, sobre todo, se empeñó en que la palabra de Dios volviera a resonar con fuerza y regularidad en toda la región.

Dos problemas fundamentales atrajeron su atención. El primero fue la multitud de "almas que se hallan en extrema necesidad espiritual". Sin perder un momento empuña la pluma y redacta un folleto, en que señala con claridad las almas que se encontraban en ese estado y propone diversos modos de auxiliarlas. Y luego lo difunde por todo el vicariato. Da especial realce a las verdades absolutamente necesarias para la salvación y a la obligación de bautizar a los niños abortivos, fetos y aun monstruos, con tal que den alguna señal de vida y

haya probabilidad de que sean verdaderamente humanos. En octubre funda la asociación del Sagrado Corazón de Jesús, que deberá establecerse en todos los pueblos, con el fin de propagar y ejecutar sus enseñanzas. Y él mismo aprovecha los viajes y hasta las cartas y conversaciones privadas para divulgarlas.

El segundo fue la proliferación de amancebamientos y uniones ilegítimas. Muchos eran fruto de la ignorancia, de la desidia y de la dificultad de observar todos los requisitos de la compleja legislación matrimonial de la época en un territorio desprovisto de sacerdotes. El afrontó el problema con decisión, en la creencia de poder resolverlo con relativa facilidad. Pero la incomunicación, la escasez de sacerdotes y el complicado derecho matrimonial de la época entorpecieron su labor. Actuó siempre con gran amor a las almas, aconsejando indulgencia a los misioneros y exhortándolos a acudir al juramento supletorio y a no escrupulizar demasiado, porque "no hay obligación, ni puede haberla, de hacer cosas imposibles […] Más vale poner en gracia de Dios a tantos y tantos individuos como se pueden poner con peligro de que alguno engañe, que no dejar de hacer ese gran bien por temor de ese peligro" (1894). Cuando sus esfuerzos pastorales resultaban infructuosos, aprovechaba la buena disposición del juez territorial y recurría a la ley civil, que prohibía el concubinato.

Las ideas y sentimientos que embargan su alma al hacerse cargo de Casanare las expuso con toda claridad y precisión en su primera carta pastoral, firmada en Bogotá el mismo día de su ordenación episcopal, y, de modo más disperso, en su correspondencia con seglares y religiosos. En todas ellas insiste en la sublimidad de la vocación misionera, en su naturaleza religiosa y en la necesidad de que los fieles participen en ella por medio de la oración y la limosna.

3. Promotor de las prefecturas apostólicas del Caquetá y Tumaco.

También de obispo de Pasto tuvo ocasión de mostrar su amor a las misiones. El abandono de vastas zonas de su inmensa diócesis hirió su corazón de apóstol apenas puso pie en ella. Ya en su primera carta pastoral cierne su mirada sobre la

región del Caquetá, en donde vivían unos 50. 000 infieles y unos 7. 000 cristianos perdidos en más de 100. 000 kms^2 de selva, y prorrumpe en exclamaciones de dolor y compasión. "¡Dilatadas regiones del Caquetá! ¡Desgraciados infieles que las recorréis y habitáis en ellas! ¡Presentes estáis en mi memoria y no os olvidaré!".

Afortunadamente, estas exclamaciones no se redujeron a simples desahogos líricos o a vanas promesas. Inmediatamente entra en contacto con los capuchinos, que, si bien no aceptan por el momento hacerse cargo de un vicariato formal, le prometen el envío de algunos religiosos a Mocoa, desde donde, además de atender a sus habitantes, podrán recorrer las riberas de los ríos. El santo sigue sus trabajos con sumo interés. Se mantiene en constante comunicación con ellos, carga con todos sus gastos y sale en su defensa siempre que comerciantes poco escrupulosos tratan de mancillar su nombre.

El incidente más ruidoso estalló 1903. La difícil convivencia entre indios y colonos blancos desembocó en abierto conflicto, apenas los sibundoyes, amparados por la ley, exigieron a los colonos blancos la devolución de los terrenos sobre los que éstos habían levantado sus casas. Los capuchinos se pusieron de parte de los indios y sostuvieron sus derechos. Esa actitud desagradó profundamente a los colonos, que no tardaron en lanzar una campaña denigratoria contra ellos. Ezequiel estudió el problema con detención y, apenas se hizo cargo de él, empuñó la pluma, expuso al público el origen y las causas del conflicto y denunció los atropellos de algunos colonos, a los que no dudó en citar con sus nombres y apellidos. Ellos eran los verdaderos culpables: *ladrones*, porque se habían apropiado de terrenos ajenos; *rebeldes*, porque resistían a las órdenes de la autoridad; y *blasfemos e irreligiosos*, porque insultaban a los ministros del Señor y en sus escritos hacían gala de ideas anticatólicas.

Ezequiel estaba contento de su labor, pero seguía creyendo en la conveniencia de erigir un vicariato. Nadie mejor que un vicario con carácter episcopal podría atender a aquellas almas. En 1898 aprovecha la visita *ad limina* para solicitarlo oficialmente. En 1902 envía a sus principales poblados maestras de su plena confianza y a finales de 1903 vuelve a ocuparse del Caquetá en sus conversaciones con el delegado

apostólico en Bogotá. Para estas fechas los capuchinos ya se habían alineado con sus posiciones y, al igual que el gobierno de la república, presionaban por la pronta erección del vicariato.

Por fin, el 20 de diciembre de 1904 la Santa Sede acogía tan repetidas instancias, erigía la prefectura apostólica del Caquetá y la encomendaba a los capuchinos, que para esas fechas ya mantenían en la región a nueve religiosos. Su primer prefecto, el catalán Fidel de Montclar, llegó a Pasto en octubre de 1905, cuando el cáncer ya había hecho estragos en el organismo del santo obispo. En 1930 esta prefectura dará origen a los vicariatos apostólicos de Sibundoy y Florencia; y en 1952, a la prefectura de Leticia.

La costa de Tumaco, con sus pueblos solitarios, faltos de recursos y de clima malsano, también atrajo pronto su atención. Pero aquí fue menos afortunado. En sus visitas a los pueblos de la costa se percató de que el clero secular no se hallaba en condiciones de atenderlos debidamente y de que la solución había que buscarla en otras direcciones. En 1897 cree encontrarla en alguna de las comunidades expulsadas de Ecuador y entra en contacto con agustinos, mercedarios y dominicos. El provincial de los dominicos pareció interesado en el proyecto, pero, al fin, sólo pudo mandar al padre Reginaldo Duranti, que, desde mediados de julio de 1897 hasta mediados de 1899, atendió sucesivamente las parroquias de Tumaco y Guapi. En 1898 aprovecha su viaje a Europa para buscar sacerdotes dispuestos a encargarse de su administración:

> "Además de estos fines propios de la visita *ad limina*, nos ocuparemos […] de otro importante asunto, que será buscar sacerdotes de alguna comunidad o congregación religiosa que vengan a administrar los pueblos de esta diócesis que comúnmente llamamos de la costa. Estos pueblos se hallan siempre o casi siempre mal administrados por falta de sacerdotes que se hallen en condiciones de poder vivir en aquellos territorios, poco o nada sanos, por una parte, y, por otra, solitarios y faltos de recursos. Una comunidad cuenta con más medios para poder atender a tantas almas como se hallan extendidas por ese extenso territorio, sin que sus individuos se lleguen a encontrar tan faltos de recursos espirituales y corporales como los sacerdotes particulares que se pudieren man-

> dar. Creemos que los pueblos de la costa y nuestros sacerdotes mirarán con gusto este proyecto, y aun nos lo agradecerán, porque los primeros se verán socorridos en sus grandes, grandísimas, necesidades espirituales, y los segundos no tendrán ya que temer los grandes peligros que en todos sentidos existen por esos puntos" (1898).

Llamó repetidas veces a las puertas de los capuchinos, agustinos recoletos y aun a la de sacerdotes diocesanos catalanes, pero sus gritos de auxilio no encontraron el eco deseado y hubo de contentarse con simples remiendos. Ninguno de sus planes llegó a cristalizar. Pero no por eso fueron inútiles. Antes bien, hay que ver en ellos el primer germen de la prefectura apostólica, que, tras no pocas dilaciones, fue erigida por la Santa Sede el día 1 de mayo de 1927.